

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comisión Episcopal de Liturgia



ORACIÓN DOMINICAL EN FAMILIA

A causa de la restricción por la pandemia Covid-19

IV DOMINGO DE PASCUA

«Yo soy la puerta de las ovejas»

3 de mayo AD 2020



Recuperamos unas figuras del belén: un pastor y unas ovejas.

Las colocamos sobre una mesa con una vela encendida y una Biblia abierta.

Dejamos un tiempo para contemplar las figuras y pensar lo que hace un pastor por sus ovejas.

Podemos ir compartiéndolo.

También durante la semana podemos invitar a los niños a dibujar un pastor con su rebaño y redil o contemplar esta imagen que nos ofrece al inicio de esta página.

Mientras tanto, podemos escuchar la canción de Brotes de Olivo «Yo soy el buen pastor» (<https://www.youtube.com/watch?v=IBptuQOHTIU>).

A continuación, comenzamos.

El guía:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos:

Amén.

El guía:

Jesucristo resucitado se nos muestra en este domingo como el verdadero pastor que nos conoce, nos cuida y nos regala la vida nueva de la resurrección. Convocados por su voz, queremos amarlo y seguirlo y nos comprometemos también a escuchar su voz que nos llama a entregar nuestra vida siguiendo su voluntad.

Oramos con el salmo 23:

℟. El Señor es mi pastor, nada me falta.

℣. El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas. ℟.

℣. Me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan. ℟.

℣. Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa. ℟.

℣. Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término. ℟.

Se puede dejar un tiempo de silencio para que cada uno haga resonar en voz alta la frase o expresión que más le tocó el corazón al ir recitando el salmo.

El guía:

Escuchemos con fe la Palabra de Dios que nos anuncia la Buena Noticia de que Cristo es nuestro Buen Pastor.

EVANGELIO

Jn 10, 1-10

El lector:

Del Evangelio según san Juan.

EN aquel tiempo, dijo Jesús: «En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A este le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz; a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños».

Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús:

«En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon.

Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante».

Palabra del Señor.

Todos:

Gloria a ti, Señor Jesús.

Después de leer el evangelio se hace un tiempo de silencio. Según las circunstancias, el padre o la madre pueden explicar el evangelio a los hijos a modo de catequesis, especialmente si hay niños pequeños, o bien, si los niños son más mayores, cada uno puede expresar libremente en voz alta lo que más le ha llamado la atención de la lectura.

LECTIO

El guía:

Nos imaginamos lo que dice Jesús: ¿Quién no entra por la puerta del aprisco? ¿Qué hace en el rebaño? ¿Por dónde entra el pastor? Releyendo el texto vamos enumerando lo que hace el pastor.

Si es oportuno el guía ayuda a ir descubriéndolo: conoce las ovejas, las llama por su nombre, camina delante para guiarlas, ellas le siguen porque le conocen y se sienten seguras. En cambio, al extraño no le siguen.

También se puede preguntar: ¿Cómo se define Jesús?

El guía puede ayudar: es la puerta para entrar y salir.

MEDITAMOS

El guía:

Nuestra casa tiene puertas y por ellas los de casa y nuestros conocidos entran y salen libremente. Jesús nos dice que Él es la puerta que nos conduce al Padre, a la Vida eterna. Él nos conoce por nuestro nombre, nos guía con su Palabra, nos protege y busca nuestro bien.

Pero hay otras personas que intentan aprovecharse de nosotros y nos llevan por malos caminos. En la Iglesia Jesús dejó a personas que le hacen presente como pastor: los obispos, los sacerdotes...

COMPROMISO

El guía:

Pensamos un momento: ¿Jesús es la puerta por la que yo quiero entrar y salir? ¿Dónde escucho su voz?

Oramos por el papa, por nuestro obispo y nuestros sacerdotes, teniendo presente, de manera especial, la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones a la que se une la Jornada de Vocaciones Nativas, con el lema "Jesús vive y te quiere vivo".

En estos días estamos viendo el gran papel que los sacerdotes, religiosos y consagrados están haciendo en esta situación extraordi-

naría de pandemia. La importancia de su presencia se ha visto subrayada en tantos testimonios de entrega y acompañamiento en nuestro país y en el mundo entero. Por ello, se ve la necesidad de rezar para que muchos jóvenes puedan seguir su ejemplo y escuchar la voz de Dios.

También se puede leer personalmente o en voz alta la siguiente meditación:

El lector:

Jesús se define a sí mismo como la puerta que conduce a la vida: «Yo soy la puerta de las ovejas: quien entre por mí se salvará» (*Jn* 10, 9). «Él se llama puerta por ser el que nos conduce al Padre», dice san Juan Crisóstomo. La súplica de los profetas: «Ojalá rasgases el cielo y descendieses» (*Is* 63, 19) ha sido escuchada. Jesús es el Verbo encarnado, la verdadera puerta del cielo descendida a la tierra (cf. *Jn* 1, 51), el único Mediador por el cual los hombres tienen acceso al Padre.

Por su pasión y su resurrección, Cristo ha cruzado ya los umbrales de la muerte. Él es el Viviente, el Santo y el Verdadero que, como dice el Apocalipsis, tiene la llave de David que da acceso a la nueva Jerusalén, al cielo, «de forma que si él abre, nadie cierra, y si él cierra, nadie abre» (*Ap* 3, 7). En la tierra, el

germen y el principio del reino de los cielos es la Iglesia, el redil «cuya puerta única y necesaria es Cristo» (*Lumen Gentium* 6).

¿Cómo se entra por esta puerta? Sabemos que es estrecha (cf. *Mt* 7, 14) y que no se puede traspasar sin la humildad: «Cristo es una puerta humilde; el que entra por esta puerta debe bajar su cabeza para que pueda entrar con ella sana», comenta san Agustín. Y en otro pasaje añade el santo Doctor: «Entra por la puerta el que entra por Cristo, el que imita la pasión de Cristo, el que conoce la humildad de Cristo, que siendo Dios se ha hecho hombre por nosotros».

El apóstol san Pedro incide en la humildad como elemento esencial del testimonio cristiano; un testimonio que incluye la disponibilidad a sufrir con paciencia penas injustas. Se trata de seguir las huellas de Cristo, el Pastor y Guardián de nuestras almas, que en su pasión «no devolvía el insulto cuando lo insultaban; sufriendo no profería amenazas; sino que se entregaba al que juzga rectamente» (1 *Pe* 2, 23). La vía de la humildad es el camino que nos permite acercarnos a Cristo, adherirnos a Él, seguirle y atenernos a su mensaje.

El que entre por la puerta de Cristo se salvará. Podrá así escapar a la muerte y alcanzar la vida definitiva. La Iglesia —también la «iglesia doméstica», la familia— es el ámbito donde encontramos, en la Palabra de Dios y en los sacramentos, el pasto abundante que sacia nuestra hambre y nuestra sed; el lugar de la vida, de la actividad y de la libertad, del amor y de la solidaridad mutua.

«Ha resucitado el Buen Pastor que dio la vida por sus ovejas y se dignó morir por su grey», dice la liturgia. La fe pascual infunde en nuestros corazones la serenidad y la confianza, incluso en los momentos más duros. Cristo camina delante de nosotros y su voz nos acompaña disipando el miedo. Él «me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan» (cf. *Sal* 22).

Al Señor encomendamos a todos los pastores de la Iglesia para que no se comporten como ladrones y bandidos, sino para que reproduzcan en sus vidas la imagen de Jesucristo y para que de este modo lleven a los hombres a Dios. Como afirma Benedicto XVI, «los fieles esperan de los sacerdotes solamente una cosa: que sean especialistas en promover

el encuentro del hombre con Dios». Que el Señor suscite sacerdotes santos, para que el débil rebaño de su Hijo «tenga parte en la admirable victoria de su Pastor».

(Comentario de D. Guillermo Juan Morado, pbro.)

El guía:

Oremos al Señor, nuestro Dios, que nos ha confiado al cuidado de Jesucristo, su Hijo, el Buen Pastor.

Todos:

Jesús, Buen Pastor, guíanos.

El lector:

— Para que el papa, los obispos y todos los que tienen alguna misión pastoral sigan las huellas de Cristo, que está en medio de nosotros como el que sirve. Roguemos al Señor. **R.**

— Para que los gobernantes, en sus deliberaciones y decisiones, estén siempre atentos a las necesidades de sus pueblos, recogiendo sus justas aspiraciones. Roguemos al Señor. **R.**

— Para que todos nos sintamos responsables de la solicitud pastoral de la Iglesia. Roguemos al Señor. **R.**

— Para que todos los que en estos días difíciles se dedican a servir a los demás, especialmente por los profesionales de la salud,

y por todos los que su trabajo contribuye a mantener la paz, el bienestar y la estabilidad social. Roguemos al Señor. **℟.**

— Para que todos nosotros sigamos con plena fidelidad y confianza a Jesucristo, sabiendo que él es nuestro auténtico Pastor, y que solo por él podemos llegar al Padre. Roguemos al Señor. **℟.**

— En un momento de silencio recordamos a nuestros pastores (el papa, el obispo, nuestro párroco...) y oramos por ellos.

Se deja un espacio de silencio y se puede pedir a Dios algo en voz alta por ellos.

Luego, el que lee la súplica prosigue:

Pedimos también para que escuchemos la voz del Buen Pastor, y aquellos que son llamados a prolongar su misión de Buen Pastor, lo sigan con fidelidad. Roguemos al Señor. **℟.**

El guía:

Ahora, sabiendo que estamos en las manos de Cristo, nuestro Buen Pastor, oremos juntos diciendo la oración que él nos enseñó.

Todos:

Padre nuestro...

El guía:

Recitamos todos juntos este salmo 85 que nos ayuda a acrecentar nuestra confianza en Dios en este momento que estamos viviendo:

Todos:

Inclina tu oído, Señor, escúchame,
que soy un pobre desamparado;
protege mi vida, que soy un fiel tuyo;
salva, Dios mío, a tu siervo, que confía en ti.

Piedad de mí, Señor,
que a ti te estoy llamando todo el día;
alegra el alma de tu siervo,
pues levanto mi alma hacia ti, Señor;
porque tú, Señor, eres bueno y clemente,
rico en misericordia con los que te invocan.
Señor, escucha mi oración,
atiende a la voz de mi súplica.

En el día del peligro te llamo,
y tú me escuchas.
No tienes igual entre los dioses, Señor,
ni hay obras como las tuyas.

Todos los pueblos vendrán
a postrarse en tu presencia, Señor;
bendecirán tu nombre:
«Grande eres tú, y haces maravillas;
tú eres el único Dios».

Enséñame, Señor, tu camino,
para que siga tu verdad;
mantén mi corazón entero
en el temor de tu nombre.

Te alabaré de todo corazón, Dios mío;
daré gloria a tu nombre por siempre,
por tu gran piedad para conmigo,
porque me salvaste del abismo profundo.

Dios mío, unos soberbios se levantan contra mí,
una banda de insolentes atenta contra mi vida,
sin tenerte en cuenta a ti.

Pero tú, Señor,
Dios clemente y misericordioso,
lento a la cólera, rico en piedad y leal,
mírame, ten compasión de mí.

Da fuerza a tu siervo,
salva al hijo de tu esclava.
Dame una señal propicia,
que la vean mis adversarios y se avergüencen,
porque tú, Señor, me ayudas y consuelas.

El guía:

Ahora aclamamos a Cristo, pastor y guardián de nuestras almas:

Tú eres el buen Pastor, que das la vida por nosotros.

Todos:

Te damos gracias, Señor.

El guía:

Atráenos a todos a tu redil.

Todos:

Para que habitemos en tu casa por años sin término.

El guía:

Haz que haya un solo rebaño y un solo Pastor.

Todos:

Para que el mundo crea que tú eres el enviado del Padre.

El guía:

En este día en que la Iglesia celebra la jornada de oración por las vocaciones, recitemos juntos esta oración de san Juan Pablo II, pidiendo al Señor que conceda abundantes vocaciones, para alabanza de su nombre y para bien la comunidad cristiana:

Padre santo,
fuente perenne de la existencia y del amor,
que en el hombre viviente
muestras el esplendor de tu gloria,
y pones en su corazón la simiente de tu llamada,
haz que ninguno, por negligencia nuestra,
ignore este don o lo pierda,
sino que todos, con plena generosidad,
puedan caminar hacia la realización de tu amor.

Señor Jesús,
que en tu peregrinar
por los caminos de Palestina,
has elegido y llamado a tus apóstoles
y les has confiado la tarea
de predicar el Evangelio,
apacentar a los fieles, celebrar el culto divino;
haz que hoy no falten a tu Iglesia
numerosos y santos sacerdotes,
que lleven a todos
los frutos de tu muerte y de tu resurrección.

Espíritu Santo,
que santificas a la Iglesia
con la constante dádiva de tus dones,
introduce en el corazón de los llamados
a la vida consagrada
una íntima y fuerte pasión por el Reino,
para que con un sí generoso e incondicional
pongan su existencia al servicio del Evangelio.

Virgen santísima,
que sin dudar
te has ofrecido al Omnipotente
para la actuación de su designio de salvación,
infunde confianza en el corazón de los jóvenes
para que haya siempre pastores celosos,
que guíen al pueblo cristiano
por el camino de la vida,
y almas consagradas que sepan testimoniar
en la castidad, en la pobreza y en la obediencia,
la presencia liberadora de tu Hijo resucitado.
Amén.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española